

## CRÓNICAS KALEIDOSCÓPICAS.

Allí va la griseta de ojos azules y cabello rubio; allí va, defendiéndose del viento, de la menuda lluvia y del amor. Ya dió el toque de oraciones. Los carruajes vuelven de la calzada á todo escape. Algunos jinetes, envueltos en sus mangas de hule blanco, galopan, persiguiendo con los ojos el rostro pálido ó moreno de la novia, cuya pequeña mano asoma en la portezuela del «trois quarts».

La griseta de ojos azules y cabello rubio aprieta el paso. Teme las impertinencias de los transeuntes y cierra los ojos cada vez que un relámpago rasga el oscuro seno de las nubes. Es la firma del diablo en el recibo de las almas.

Un momento..... ya se va á parar en la boca calle. Vuelve la vista en derredor para librarse de los coches y caballos y levanta su enaguilla escocesa. ¡Qué pequeño es su pie y qué restirada está su media! ¡Aprisa! ¡Aprisa! Los tacones de la rubia griseta martillean las baldosas. Si es honradita ¿por qué sale sola? Bien pudo acompañarse de otra amiga empleada en el mismo almacén. Mas, Rosa Clara,—así se llama—es orgullosa. Sus compañeras de taller visten muy mal, son feas y tienen novios artesanos. Ella pica más alto. Es hija de un oficial francés y de una señora que tuvo casa propia en otro tiempo. Con lo poco que gana y con los rasos, cintas, flores y plumas que desperdicia su ama la modista, sabe ataviarse primorosamente. Su novio—un poeta que admira á Grilo y á Selgas—dice que Rosa viste con la primavera del año pasado.

¡Aprisa! ¡Aprisa!--¿Permite Ud., que la acompañe?

—No, señor!—Y cada vez la rubia grisetita, la Mimi de un Murger sin editor, martillea más vivamente las baldosas. Lluve mucho.

\* \* \*

Ved á aquel pobre viejo. No lleva paraguas. Perdió el último, empeñado en la casa de Bustillo. Sin embargo, es preciso que salga. Hace un año que va todas las noches al empeño. En su casa



no hay vela todavía y los dos niños lloran mucho porque tienen miedo al vecino que se murió dos noches antes. ¡Pobre hombre! De seguro le dá una pulmonía. Sus zapatos dan entrada al agua por cuatro ó cinco partes. Su levita no es gruesa: la lleva abotonada hasta el cuello porque no tiene chaleco. Su chistera—regalo de un amigo generoso—refleja la luz de los focos eléctricos como un espejo.

Y allí vá, desafiando la tormenta, con un gran envoltorio bajo el brazo. Lleva al empeño las colchas de su cama. Tendrá frío en la noche, es verdad; pero ¿qué importa? Con que los niños coman y no lloren, quedará satisfecho. Además: ¿para qué necesita colchas? Con poner la levita y los pantalones encima de la sábana, queda todo arreglado. Si viviera su mujer sería otra cosa; pero Dios se llevó á la pobrecita.

¡Vamos! ¡vamos! Un rayo cae y mata á cierto caballero que va muy bien arrellanado en su landó. El pobre viejo se santigua y sigue caminando: es inmortal.

\* \*\*

La morenita de ojos negros que vive en aquel balconcito bajo, levanta á cada instante la cortina. ¿Por qué no viene su novio? ¿Porque llueve? ¡Bonito pretexto! Para la lluvia se inventaron los paraguas!

Tiene en las manos una novela del Sr. Pérez Escrich! ¡Pobre Sr. Pérez Escrich! Va á quedar deshojado! Cada cinco minutos la morena arranca una hoja del libro y la estruja entre sus manos. Compadezco al infeliz amigo que le prestó esa obra maestra de la literatura contemporánea! Y el caso es que el amante no aparece. La mamá llama á gritos á la niña: el chocolate está en el comedor. Pero la niña con un humor que ya..... ya..... pasa de la alcoba al balcón y del balcón á la alcoba, desgarrando á mordidas el pañuelo.

Precisamente aquella triste noche se había puesto bonita, muy bonita. Yo la veo, cuando alza la cortina; tiene una rosa blanca en el cabello y su vestido de percal almidonado, recorta admirablemente bien las graciosas curvas de su cuerpo. Si usted quisiera ¡oh impaciente señorita! yo iría con mucho gusto á consolarla. Pero usted obstinada, espera al novio que no viene y que seguramente no vendrá. Es muy tarde: no pasan por la calle más que los coches simones que regresan á la carrocería y el gendarme que se pasea tranquilamente. Ya se ha acostado la mamá. El reloj de San Diego dá las doce. Usted no quiere creerlo, señorita; pero, oiga usted las doce campanadas más agudas, que suenan en la propia sala de su casa. Parece que le dicen: «ya no esperes.» ¿Vé aquel carrua-

je aristocrático que viene por la esquina de la calle? Es el de una familia que fué al teatro. Ya acabó la función. Pero usted, lejos de renunciar á su esperanza, dice para sí: «Tal vez el muy infame fué á la ópera. Pero vendrá fingiendo que ha tenido mil quehaceres. No quiero hablar con él: me basta con la cólera que he hecho. Le aguardaré detras de la cortina, y si se acerca, si toca la vidriera, si me llama, podré saborear mi venganza. No quiero hablarle; quiero ver si viene».

Y pasan el tendero de la esquina, el joven que tararea la última aria de la ópera, el músico con la trompeta pistón debajo del brazo. Y dá la una. Usted, que no me escucha, cierra de golpe y con peligro de romper los vidrios, los maderos del balcón. Estoy seguro de que al verse en el espejo, mientras dejaba las horquillas y las flores en el pulido mármol de su tocador, ha dicho usted, sintiendo impulsos de llorar: «Y sin embargo: soy bonita..... soy bonita!»

\* \*\*

El poeta, acurrucado en el caliente lecho, lee las odas de Horacio. El ruido de la lluvia es el mejor acompañamiento de los versos. Si los duendes tuvieran una orquesta, así sería. Luego, cierra el libro,—y algún tiempo después—cierra los ojos.

Los sueños, esos niños juguetones comienzan á dibujar figuras fantásticas en su imaginación. Está en Oriente. Un mago amigo, le ha dado el supremo poder. Mujeres de blancura incomparable agitan el aire del camarín con gigantescos abanicos de pluma. Él, reclinado en mullidos almohadones, respira los más ricos perfumes. Una orquesta invisible puebla de armonías la atmósfera, y cuando cesa la divina música se oye el rumor acompasado de la lluvia en los techos y minaretes. Llueven perlas. Con extender la mano y recibir durante media hora las gotas de aquella lluvia prodigiosa, el más desarrapado pordiosero se trocaría en fastuoso potentado. Pero el poeta no extiende la mano ó tiene frío.

Cuando despierta y vé las paredes dismanteladas de su alcoba, la mecha que humea, el zapato que entreabre los labios sonriendo, á los pies de la cama, y el libro descuadrado en que leía las aventuras sorprendentes de un visir, honda tristeza se apodera de su espíritu. Oye el ruido acompasado de la lluvia; pero ya no son perlas las que bajan del cielo, sino lágrimas.

¡Efímera tristeza! ¡Que amanezca, que gorjeen las golondrinas en los alambres del telégrafo, que llegue con su traje de mañana la mujer á quien ama inmensamente, y veréis cómo dice entre caricias: ¿Para qué quiero más oro que el de tus rizos, largos y sedosos, ni más perlas ¡oh Magda! que tus dientes?



\*\*\*

¡Vaya usted á escribir con esta noche una crónica alegre y retazona! Yo pienso en la vecina que aguarda á su novio, en el poeta que construye castillos en el aire, en la griseta que va camino de su casa, y en el pobre señor cuyos pobrecitos hijos mueren de hambre y miedo.

Hubo un tiempo, sin embargo, en que estas noches lluviosas me regocijaban. Tenía una novia—¡cuántos años hace!—y la novia vivía en una casita baja cerca de la estación de Buenavista. Noche á noche, hablábamos los dos por la ventana. Sin embargo, yo era tímido, muy tímido..... ¡ya supondrán ustedes cuántos años hace de esto! Jamás me había atrevido á besarle más que la extremidad color de rosa de sus dedos! Eso sí; en mis epístolas morales, le enviaba muchas caricias, muchos besos. Mas todo era llegar, verla á mi lado, oír su voz que casi era un gorjeo y sentirme perplejo como el hombre á quién le cae el premio gordo de la Habana y no sabe en qué emplear sus cien mil pesos.

Sólo en aquella noche me atreví. ¡También los ojos de mi niña brillaban entonces como dos no me olvides que fueran al mismo tiempo dos luciérnagas! Nunca he visto dos ojos tan azules ni tan resplandecientes como aquellos!

Húmeda noche, tras caliente día.....

Rosa aguarda febril.....

¡Cuánta virtud sobre la tierra habría

Si no fuera el Abril!

Y precisamente se llamaba Rosa. Largo rato estuvimos platicando. ¿De qué? Sábelo Dios! Cuando me hablaba, oía su voz como una música divina. Y mientras conversábamos en voz baja, una lluvia menuda y muy tupida comenzó á caer sin que yo lo advirtiera—¿Por qué no abres tu paraguas?—dijo Rosa—Y yo lo abrí.

Poco á poco los transeuntes fueron escaseando. La lluvia arreciaba y nadie se atrevía á salir de la casa. Vacilé dos minutos, sentí miedo, pero con súbito valor, cubriéndome muy bien con el paraguas, besé los labios húmedos y rojos de mi novia. ¡Qué bien cubre el paraguas! ¡Qué bien cubre!

¡Cuántas noches después de aquella memorable anhelé que lloviera como entonces! ¡Cuántas abrí el paraguas de repente sin que callese la más leve gota!

Pero ¿se llamaba Rosa? No..... María..... ¡Tampoco! Creo que Luisa. Lo único que afirmo con certeza es que me iba á suicidar por ella.....

## LA VIDA EN MÉXICO.

Nunca pensé que las monedas de níquel, tan humildes y pobrecitas como son, trajesen alarmados á los gobernantes, á los economistas, á los escritores y á las amas de casa. Las monedas de níquel, generalmente hablando, son honradas. No visitan las casas de juego, ni brincan como duendes familiares, en las rodillas de una hermosa. Las monedas de níquel no han corrompido nunca la virtud de una mujer. Muy al contrario, son modestas, trabajadoras, recatadas. Su habitación es el bolsillo de las costureras honestas, que se conforman con hacer vestidos para otras, y con desvestirse una vez al día, y eso á obscuras. Como sus dueñas, andan mal vestidas; por eso el mundo, tan pagado de apariencias, las mira con desdén y compasión. Los gomosos las alojan en el sitio peor; esto es, en los bolsillos de sus pantalones. La cartera de piel de Rusia y broches de oro, es para los billetes de Banco, para las cartas de las novias y para los boletos de empeño; los bolsillos del chaleco son para las monedas más formales: ¿á dónde, pues, iría á abrigarse el níquel, sin las holgadas bolsas del pantalón, que vienen siendo como el cuarto del portero ó como la escalera de servicio? De esa vivienda, que nada tiene de lujosa y pulcra, pasan á las manos de algún granuja cerillero, de un mendigo, ó de un empleado de Ramón Guzmán. Algunas, y éstas son las dadas á la vida alegre, prefieren acompañar en su abandono á los mozos de café. Con las señoras, no es menos ingrato su destino. Las hacendosas suelen llevarlas en los bolsillos de su delantal, mientras se ocupan en las haciendas de la casa. Para esas púdicas monedas son los bochornos de la cocina, el áspero contacto de las manos que trabajan, los ladrillos del brasero, y los araños del canasto. Son decentes; nacieron en la Cámara de Diputados; conocen á Carbajal y á Pancho Bulnes; su cuna se meció en un departamento del Palacio, y, para recibir las aguas del bautismo, atravesaron la suntuosa escalera de la Escuela de Minas; pero las monedas de níquel pertenecen á la



clase de las mujeres honradas pero pobres, como la «Biblioteca» de mi más querido amigo el Sr. D. Manuel Gutiérrez Nájera. Las monedas de níquel pertenecen á una familia distinguida; pero han venido á menos y tienen que codearse, en el cesto de las compras, con rábanos, zanahorias y lechugas. Viven, por así decirlo, en casa de vecindad. No van á bailes, ni frecuentan los salones del «Jockey Club,» ni juegan al poker con Rafael David, ni apuestan á *Colouche* contra *Halcon*, ni salen en tren expreso á recibir al marqués de San Basilio.

Necesitan juntarse cinco, cuando menos, para comprar el derecho de sentarse todas en un mismo asiento, y asistir á la representación de la Mascotte. Son muy pobres, muy desvalidas, muy humildes, y á pesar de esto, los señores periodistas se empeñan en quitarles el crédito..... el crédito, la fortuna de los pobres. No haré causa común con esos desalmados, deshonrando á personas tan apreciables y tan pobres. Yo recibo con el bolsillo abierto á esas desventuradas criaturas. ¿Las desprecian? ¿Tienen que sufrir los malos modos y el arisco ceño de abarroteros, pinches y conductores de tranvía? Pues bien, aquí estoy yo. No me casaré con ninguna de ellas porque mi amor á las mujeres pobres no llega hasta el matrimonio, pero aquí estoy para consolarlas con caricias y para decirles que creo en su virtud. También me gustan las costureras honraditas, cuando á las oraciones salen del taller, y las sigo, sin alcanzarlas, porque aprietan el paso y se escabullen. Muchos dicen que las monedas de níquel ya no corren: ésto es falso. Corren tanto como las costureras de que hablaba; por eso hay muchos que no logran darles caza.

Ayer mismo tuve la dicha de encontrarme á solas con una de esas moneditas calumniadas. Era sábado, es decir, el día en que se llega al fin de la semana y al fondo del bolsillo. Sabe Dios cuántos días habría pasado la infeliz en la incómoda bolsa de mi pantalón. Al sacarla sentí vergüenza, porque al fin era una señora. La miré con ternura, me disculpé lo mejor que pude de mi falta de galantería y la puse con muchos miramientos en la carpeta verde de la mesa. ¡Pobre moneda! Tenía una corona de laurel, como Dante Alighieri. Estaba intacta. En el anverso llevaba las armas del amor: un arco y un carcaj; y en el reverso una V muy graciosa, que, probablemente, estaba puesta allí para advertirnos que era virgen. La moneda se percató, sin duda, de mi encogimiento y observando la turbación de mi conciencia, quiso alentarme con palabras generosas. Las monedas hablan, y tan recio que las oyen los sordos.

—Duque Job,—me dijo con una voz muy apacible, aunque no muy argentina, por desgracia—; duque Job, tú eres de esas almas buenas que me reciben sin descuento. Tu nobleza me infunde respeto, pero tu nombre de bautismo me inspira confianza.

Eres un poco frívolo, es verdad; pero todavía no te has pervertido, porque es difícil pervertirse siendo pobre. Me tuvistes olvidada algunos días, mientras te fué posible contemplar el noble rostro de D. Pedro Romero de Terreros, los tipos nacionales tan admirablemente dibujados por el Banco de Londres y las águilas color de chocolate que Mamelsdorff nos trajo del Japón. Me dejaste por los pesos de plata, y hasta por las pesetas delgaduchas, feas y viejas, tan manoseadas y traídas, que ya no tienen cara, porque se les ha caído de vergüenza. Si hubieras tenido onzas, por ellas me habrías dejado en abandono. Afortunadamente no las tenías, porque del mismo modo pagan tu cariño las monedas de oro y las mujeres rubias. Pero tú, duque Job, no eres malo en el fondo; leo en tu alma y adivino los remordimientos que te acosan. La experiencia te alecciona muy bien y—ya lo ves—D. Pedro Romero de Terreros es voluble como la pluma en el viento; los indios y los asnos que representan el Banco de Londres huyeron, ruborizados, de tus brazos; las águilas color de chocolate volvieron al Japón con Mamelsdorff, sólo yo te guardé fidelidad; vuelve, pues, hijo pródigo; las queridas de un día te abandonaron; yo, tu mujer legítima, aquí estoy!

Al escuchar estas palabras; sentí que brotaba llanto de mis ojos, ¡Qué alma de moneda! ¡Y había estado durante muchos días en el bolsillo de mis pantalones!

La moneda, sin inmutarse prosiguió:

—Como sé, duque Job, que no eres malo, quiero iniciarte en mis secretos y hacerte mis confidencias. ¿Piensas tú que no sufro? En el mundo de las monedas, como en el vuestro, hay sus categorías, sus distinciones y sus clases. La aristocracia, son las rubias, las de oro. Los pesos, son los banqueros, los *parvenus*, como dirías en francés para no decirlo en galicismo. Las pesetas componen la clase media.

Yo estoy algo más abajo todavía, pertenezco á la clase pobre decente; soy, como si dijéramos, la hija de un general que sirvió al imperio y dejó á su familia en la miseria. Procuero vestirme lo mejor posible para no inspirar lástima, pero los hombres no estiman mis sacrificios y se van tras el esplendor de una onza de oro. A mí podrían obtenerme con esfuerzo pequeñísimo y yo tal vez les habría dado la felicidad; pero no quieren. La onza les seduce, les atrae; es una azafranada que provoca la fiebre del deseo: quieren á toda costa poseerla; pero ella, que para cautivarles, empleó todos los ardidés de la coquetería, les paga con esquiveces y desprecios.

Es la mujer sin corazón: es Coral Perla. Algunos llegan hasta su alcoba con las manos ensangrentadas; porque el oro es vampiro: bebe sangre «¿Qué quieres?» le preguntan. Y ella, siempre impasible, siempre fría, responde á todos:—«Por el trabajo podrías tal vez llegar á mí; pero el trabajo es un camino largo, más largo á veces que la vida. Cuando llegaras á obtenerme estarías ya viejo y



enfermo. Si tienes prisa de buscar mi amor, escoge el crimen. La sangre no me asusta, porque resbala por mi pulida superficie sin mancharme—Y el hombre desatentado é impaciente, ahoga su conciencia, como se mata á un perro que ladra, y por el torpe amor de aquella rubia, no retrocede ante ningún linaje de bajezas ni de crímenes. Los más no logran obtenerla: se quedan en el presidio ó en la vergüenza. Algunos llegan; pero éstos, lejos de hallar la calma apetecida sienten que se exacerba su pasión, que no logran jamás satisfacerla y, como Salomón en medio del serrallo, piden otra mujer..... otra onza de oro!

Desengáñate, Job, cada moneda tiene por dentro lágrimas y sangre, como aquellas que, según cuenta la leyenda, rompió Francisco de Paula ante Luis XI. ¿Ves aquella que parece tan pura, tan hermosa? Pues apartó de la virtud á una mujer. Le bastó verla para que olvidase los ejemplos benditos de la madre, el amor del esposo y la honra de los niños inocentes que dormían, abrazados en su cuna. El marido murió de pena y de vergüenza; la madre pide limosna en la cancela de una iglesia; los hijos, que han crecido ya y son hombres, van con la frente baja y siempre solos, como andaban los leprosos; pero la pecadora obtuvo la onza y la perdió á una sota en los albures. Y sin embargo, la azafranada cínica é infame, que se goza en el llanto de las madres, provoca el crimen y lleva á sus amantes á la cárcel; es más querida, más buscada y más famosa que yo, la casta, la púdica, la virgen!

¿A quién pervierto? ¿á quién corrompo? ¿á quién insulto? ¿quién se ha suicidado por mi amor? Puede ser que alguien me robe; ¿pero á quién ahorcan por cinco centavos? Cuando Fausto sedujo á Margarita, no llevaba monedas de níquel en el bolsillo, primeramente, porque el diablo no ha acuñado nunca más que oro, y luego porque D. Pancho Landero no fué nunca ministro en Alemania. A mí, generalmente, se me adquiere por medio del trabajo

Tú me pagaste con algunas líneas de tu pésima letra que es la condenación de los cajistas. Dílo ahora con franqueza: ¿te he ayudado para engañar á una mujer? ¿Me has visto en el tapete verde de las casas de juego? ¿Puse acaso en tus manos una copa de ajenjo? Yo soy una torta de pan para el menesteroso que no come en la Concordia; una vela de sebo, para que no se asusten los muchachos; una limosna para el pordiosero; un jabón para las manos que piqueta la aguja ó quema el sol: en los labios del niño me llamo caramelo, y en el corpiño de la mujer me llamo flor. Conmigo no puedes entrar en el teatro, pero puedes ir al cielo. Como no peso, no detengo á ninguno en la tierra. Es verdad que reunida á muchas otras constituyo una fuerza, capaz de comprarlo todo, hasta el amor. Pero entonces me olvidan, me abandonan y me cambian por plata, por billetes y por oro. Vuelvo á mi vida trashumante, á mi exis-

tencia de penurias y privaciones. Para mí son los bolsillos rotos, los canastos de verdura, la frialdad de los ladrillos, el horror de las noches sin vela y de las camas sin colchones. Vivo entre criadas y tenderos. Tengo todos los nombres bajos y plebeyos. Yo me llamo frijol, arroz, garbanzo..... ¡qué horror! hasta me llamo ajo y cebolla! Para las otras son el raso, los chalecos de Sarre, los cajones de palo-santo, los teatros, los bailes y las fiestas. Se llaman encajes, perlas y diamantes. Los poetas, que encarecen prolijamente la humildad y que desdeñan las pompas vanas de la tierra, hablan en sus versos de la voz argentina y los cabellos de oro. ¿Cuándo les has oído pronunciar mi nombre? ¿Cuándo han dicho que sus amadas tienen voz de níquel y cabellos de á centavo? Tú mismo, Duque Job, me tuviste olvidada..... y en qué sitio!

Sin embargo, yo pude darte la felicidad, como la dí, en cierta ocasión, á un dueño ingrato. Conmigo y una moneda de á centavo, entró al tranvía. Iba en él una chica muy guapa, muy aseada y muy honesta, que también, como yo, era de níquel; quiero decir, que era muy pobre y muy honrada. Las mujeres de níquel son las mujeres para el matrimonio. Mi amigo estaba desesperado de la vida. Las rubias le habían costado mucho oro, y las morenas muchos billetes del Banco Mercantil. Unas no le quisieron, porque tenían mucho dinero; y otras porque no tenían nada y querían tener mucho. Y él, con tenaz capricho, se aferraba en buscar la madre de sus hijos en los palcos del teatro, mientras la Thé representaba la escena de las cosquillas en la «Jolie Parfumeuse.» Quería que su novia fuese á la calzada, aun cuando fuese en coche ajeno. Y tal vez se habría casado, para ser infeliz toda su vida, con alguna de aquellas casquivanas que todo lo posponen á un sombrero, á un par de guantes ó á un billete de teatro. Pero quiso el destino que aquel día no me tuviese más que á mí en la bolsa. Comenzaba á llover y ambos subimos al tranvía. A tener más dinero, habría tomado un coche. Por lo tanto, yo sola fuí la causa del encuentro. Mi joven dueño comenzó á examinar las perfecciones físicas de su vecina; se gustaron, y ocho meses después, mi amigo se casó con la de níquel que es honrada á carta cabal, bonita, trabajadora: en fin de cuentas, lo que se llama una hormiguita de la casa. Y es feliz, muy feliz: ¡todo por mí!

Cierta noche, íbamos, Duque Job, solos y juntos, por calles apartadas y desiertas. Volvías de un baile y eran las cuatro de la madrugada. En los portales, una mendiga flaca y haraposa, tendió su mano para pedirte una limosna.

Tú no miraste su semblante, porque llevabas la memoria lleua con los encantos de Enriqueta. Si hubieras detenido tus miradas en aquella mujer, joven y esbelta, habrías podido contemplar sus grandes ojos, rodeados por círculos azules, la pequeñez y gracia



de sus manos y el color ambarino de sus rizos. La voz de aquella desdichada pordiosera sonó apenas, como el canto de un pajarito moribundo. Tú la escuchaste; pero soplaba un aire frío y no quisiste desabotonar tu gabán para sacarme de la bolsa. Y la niña quedó sola y enferma, en medio del silencio de la noche. Veía con tristeza inmensa los luceros, como si deseara volar á hacerles compañía. Pasó un hombre que salía ganancioso de la timba, y acercándose á la mendiga, dijo á media voz:

¿Quiéres los luceros? Pues yo haré que bajen á prenderse en tus orejas.

Y el hambre, el frío y el abandono aconsejaron mal á la cuitada que compró aquella noche un pedazo de pan por un botón de azahar. Después, el vicio, como una tierra pegajosa, la detuvo. Tú la viste con menosprecio y la acusaste en nombre de la moral. Y sin embargo, si no hubieras tenido frío y egoísmo aquella noche, si me hubieras sacado de la bolsa, la pordiosera no se habría perdido. Yo pude darte el cielo, y no quisiste.

Y ya lo ves: en pago de mis bienes, me tuvistes olvidada hasta que las demás monedas te dejaron. En pago de mi honradez y mi virtud, los periodistas me quitaron la honra. Dicen que he enriquecido á muchos: mírame bien, y dí si tengo cara de haber enriquecido nunca á nadie?

Yo abolí la esclavitud, dejando en libertad á esos negros de cobre que padecían en el mercado. Ahora, Ramón Guzmán no quiere admitirme en los ferrocarriles del Distrito, si no me fian de *mancomun é insolidum*, otras dos moneditas de á centavo. ¡Así paga este mundo la virtud!

\*\*\*

Lo moneda calló. Imprimí un casto beso en su corona de laurel y me dispuse á escribir. «La vida en México.» Por desgracia, ya era tarde. No podía hablar de Jorge Carmona, ni del baile que prepara el Jockey Club, ni de las fiestas más ó menos campesinas de San Angel. La moneda me había quitado el tiempo. ¿Qué iba á hacer con ella? ¿A darla á un cerillero para fomentar la vagancia? No; la guardé con profundísimo respecto y la traje, envuelta en papel de seda, á la redacción. Aquí estará expuesta todo el día de hoy. Los que deseen oír su voz, pueden acercarse á enalquiera hora. Por desgracia las monedas de níquel hablan bajo.

## EL SECRETO.

Tengo en el más oculto cajón de mi bufete, entre la pequeña ánfora que guarda las hojas, marchitas ya, de un heliotropo, y la cubierta en que he encerrado cuidadosamente mi abono á la ópera cómica, una carta que sólo yo he leído todavía, y que recomendando el secreto más profundo, voy á poner ahora ante los ojos de los que con más ó menos curiosidad leen mis artículos. Confieso que me considero incapaz de enseñar esta carta á algún amigo; temería, sin ir descaminado en mis temores, cometer un delito inexcusable, al romper el sigilo que se me encomienda; la voz de mi conciencia asustadiza, tal vez y sin tal vez, no me dejará concluir la lectura de esas líneas; romper así el secreto, es una falta; revelar á un amigo las confidencias que otro nos ha hecho, es, á no dudar, un crimen no previsto suficientemente por el Código; y yo, que me precio de reservado, que soy incapaz de revelar á nadie los secretos más ó menos graves que se me confían, he decidido hundir en el misterio más completo la misteriosa carta de que hablaba. He aquí la causa por qué la publico.

A primera vista, esta decisión podrá aparecer como una paradoja; pero examinándola escrupulosa y detenidamente, cualquiera verá claro como la luz del día, la lógica profunda y la verdad que encierra. Entre publicar una carta, y leerla á un amigo, existe una enorme diferencia. El amigo, es un ser perfectamente limitado, con personalidad propia, con dos ojos escrutadores, que se fijan imperinentemente en nuestro rostro, y con dos labios casi siempre en movimiento, y ansiosos, cuando no, de desplegar para dejar salida á algún secreto. Se ha menester un desenfado soberano para decir frente á frente á aquél amigo, cosas que confiamos únicamente á la almohada. Aquella mirada nos hiela y nos inmoviliza como un día de invierno; á cada paso sospechamos, quizá sin fundamento, que una sonrisa de incredulidad mueve esos labios; tememos parecer ridículos ó vanos, y la confesión, ya próxima á escaparse, se abriga



avergonzada en nuestro pecho. ¡Pero con el público ya es otra cosa! El público es un ser perfectamente fantástico; un manequí que nosotros mismos componemos y cuya naturaleza cambia y se transforma, como el termómetro, como el corazón de una coqueta. Hechura nuestra, posee nuestras propias debilidades y nuestras mismísimas flaquezas. Es un cierto todo que no es nada, y una especie de nada que lo es todo. Como el iris, ostenta todos los colores. Las veletas le han dado su movilidad y la sombra su misterio. Como no tiene cara, es imposible que se ruborice. Es el confidente forzado de todos los poetas románticos, y el perenne delincuente sentenciado á oír cosas que nada le importan. San Agustín le reveló los secretos de su vida, y Sócrates le abrió de par en par el arcano de su muerte. ¡Pobre público! Si pudiera hablar, ¡cuánto diría! El escuchó las jeremiadas de Lamartine y escudriñó los secretos de su vida. El abraza todas las edades, todos los círculos, todas las ideas. El público es usted, caballero, cuando al levantarse por las mañanas y mientras humea en la taza el chocolate, recorre las columnas del periódico. El público es también la dama cuyos ojos, negros ó azules, rasgados ó pequeños, se fijan indolentemente en estas líneas. Y lo que yo, por ejemplo, no diría jamás al viejo amigo; lo que no murmuraría al oído de usted, señora, mientras recorremos los salones al compás de un vértigo de Strauss, ni cuando en amistoso *tête à tête* hablamos, usted, tejiendo á luz de tibia veladora, y yo siguiendo con los ojos los caprichosos dibujos de la alfombra, le digo aquí sin inquietarme en lo más mínimo, sin que el temor anude mi garganta, sin que mis yertas manos se estremezcan como al soplo del cierzo de Diciembre. Y esto es tan cierto, que si yo leyerá la carta que tengo en estos instantes en mi mano, á un amigo, á un confidente, á un compañero, no vacilaría en echarse por esos mundos de Dios á investigar quién la había escrito, mientras que publicándola en un diario, como la publico, nadie, absolutamente nadie, se atreverá á dudar que es una epístola absolutamente imaginaria.

He aquí la carta:

Caballero:

Justa extrañeza motivarán en su ánimo estas líneas. Yo no tengo la honra de contarme en el número de sus amigos; nos movemos en círculos diversos; usted es joven, yo soy viejo; usted concurre al teatro, yo me encuentro en casa por las noches; jamás hemos hablado largamente, y nuestras relaciones sociales sólo tienen el carácter de mera cortesía.

¿El que usted me salude en el paseo, me autoriza acaso para hacerle una confidencia pidiéndole un consejo? Lo ignoro, caballero;

pero en ciertas ocasiones de la vida, en ciertas ocasiones en que el sufrimiento alza nuestra reserva acostumbrada, como el vapor levanta la cubierta de un caldero de agua hirviendo, se pasan por alto las conveniencias sociales, y cayendo en el riesgo inminente del ridículo, revélase al que más confianza nos inspira, aquella pena tan largamente cobijada. Además, soy un tanto excéntrico. Me propuse ayer aconsejarme del primer conocido que encontrara, y al dejar los umbrales de mi casa crucé con usted mi primer saludo. Tenga usted, pues, la paciencia de escucharme.

Caballero, yo tengo una hija. No le hago á usted el agravio de imaginar que le es desconocida. Me han dicho los amigos que es muy bella, y el parlanchín espejo debe habérselo dicho muchas veces. Sus trajes cortados por la mano de Valeria, son envidia de damas y polluelas; todas las tardes debe usted mirarla en su carruaje tirado por dos *two miles* americanos, y aun, si no me engaño, creo que han valsado ustedes juntos, y no hace mucho tiempo por más señas. Es mi hija única. Su pobre madre murió dejándola en edad ternísima. Desde entonces mi cariño es doble; la quiero por ella y por mí. ¡Se le parece tanto! Los mismos ojos, la misma boca, idéntica manera de reirse. Comprendo, caballero, que estos detalles deben interesarle á usted muy poco ó nada; pero al dar comienzo á esta carta hice un llamamiento á su paciencia; y andando el tiempo, cuando tenga usted una hija como la mía, comprenderá que mis impertinencias de padre son bien excusables.

Yo soy un hombre montado á la antigua, como hoy se dice. Tengo en olor de herejía á los socialistas, y mis nervios se crispan cuando pienso en las doctrinas anárquicas de la Comuna. Será por mis cortos alcances, cúlpese en buena hora el raquitismo de mi inteligencia; pero ello es que entre el sectario de un sistema social que aspira á arrebatar mis haciendas, y el bandido que exponiendo su existencia acecha en la encrucijada de un camino, sólo encuentro la grave diferencia de que el primero es un ladrón cobarde, mientras que el otro es un ladrón bizarro. Dados estos datos, usted no extrañará que crea tener una propiedad innegable en mi hija. Parece, sin embargo, que la mayor parte de los amantes profesan el principio de Prudhome: la propiedad es el robo. Creí, durante largos años, que mi hija era mía, absolutamente mía, y hoy me desayuno con que el primer venido, un Juan Pérez, que se me entra por la ventana, tiene sobre ella más derechos y más poder que yo, su padre. ¿Usted comprende esto, caballero? Evidentemente, si hago traer de Arabia una yegua *pur-sang*, si la mantengo en mis caballerizas, la curo cuando enferma, y gasto mi dinero en mejorarla, tengo el justísimo derecho de tener por loco al que con desenfado y con donaire venga á exigirme que le dé esa yegua. Nada más justo, ciertamente. Pero en cambio, tengo una hija á quien educo



á fuerza de vigiliias y desvelos; he pasado las noches á la cabecera de su lecho, cuando devorada por la fiebre retorcia sus delicadas manecitas; es la sangre de mi sangre, el alma de mi alma. ¿Sufria de niña? yo era el que iba á enjugar aquellas lágrimas: ¿gozaba? mi corazón de padre se henchía de regocijo incomparable; mi vida, mis trabajos y mis afanes, no tenían más término ni más objeto que su dicha; y cuando tras el largo discurrir del día, al volver á mi hogar, en esa hora en que todo se recoge en el silencio, la miraba dormida como un ángel en su cuna, yo decía para mis adentros: esa niña hoy es como una planta tiernecita, que yo cuido y encubro con mis manos; no sabe, no conoce las zozobras y afanes que me cuesta, vive con la vida apacible de la infancia; pero mañana, cuando crezca, aprenderá sentada en mis rodillas los consejos que pueda darle mi experiencia, me amará con el corazón y con el entendimiento; será buena, casta, obediente, mi orgullo, mi vanidad, mi gloria; luego, . . . luego, se casará, sí; ¿por qué no ha de casarse? yo tendré un hijo más, que realice sus sueños juveniles, que la ame con toda su alma, que la haga dichosa. . . ¡vamos, si hasta á veces me regocijaba con la esperanza de tener un nieto! Creo, caballero, que estos sueños de oro, eran sobrado justos en un padre. Pero he aquí que yo contaba sin la huésped, y que mientras abría las puertas de mi casa á todos aquellos cuya posición y cuya conducta no inspiraban en mi ánimo temores, mientras que con la linterna de Diógenes entre las manos buscaba al novio que había deseado yo para mi hija, el amor, ese rapaz travieso como dicen ustedes los poetas, se me descolgó sigilosamente por la ventana, de suerte, que al levantarme cierto día, ajeno á todo sobresalto, me encontré ni más ni menos con la agradable nueva de que *mi hija*, caballero, tenía un novio.

¿Quién era este novio? Doy á vd. mi palabra de que si el amante consabido fuera por lo menos aceptable, ninguna objeción, ningún obstáculo habría opuesto por cierto á sus amores. ¡Pero un hombre sin profesión ni hábitos de trabajo, un *faineant* que pasa la vida en engomarse los bigotes; un hambriento que anda al husmo de ricas herederas; un calavera cuyas proezas dignas de un poema, estrictamente en haberse embriagado en las cantinas, á costa de los otros por supuesto, y en haber cortejado á tres mujeres con el propósito únicamente de engañarlas; un hombre que es un cero social, un zángano del mundo, ¿sería acaso á propósito para hacer la felicidad de una familia? Tanto valdría afirmar que dos y dos son cinco, que el sol no alumbra, que la virtud es vicio. Esto es, pues, un caso, señor mío, en que el padre tiene el derecho y el deber de impedir que su hija caiga en el abismo. Los códigos deben revestir al padre de una autoridad ilimitada. Y sin embargo, parece que en este drama de familia, el padre, el pobre padre, es un comparsa. He recu-

rido á la persuasión; hice valer las armas del cariño; supliqué, rogué; más todo en vano. Y cuando, con dolor profundo en el espíritu, intenté recurrir á la energía y desplegar mi autoridad de padre, y así alcanzar por fuerza lo que ni la persuasión, ni el dolor, ni el cariño habían logrado, he aquí que me encuentro con que el poder paternal es una burla, que hay alguien que posee más derechos que yo sobre mi hija, y que tras la cabeza del amante que me intenta robar á pleno día, asoma el gobernador ó la justicia que viene á autorizar tamaño robo. ¿Con qué derecho se mezcla un sér extraño en mi familia? ¿Por qué la venia del gobernador viene á hacer inútil mi consentimiento? Dado que mi oposición pecara de tenaz é impertinente. ¿no tengo yo el derecho de mandar, como señor único, en mi hija, hasta que la edad de emancipación forzosa llegue para ella? El estado debe lavarse las manos en casos como este. Desde el momento en que hace contrapeso á la autoridad del padre, el poder incomprensible del gobernador, el desórden y la rebelión sientan sus reales en el hogar doméstico. ¿Qué, las noches de vigilia transcurridas con el pensamiento fijo en el porvenir de aquella hija, las aflicciones y desvelos que su educación haya costado, todas esas luchas, todos esos trabajos, ¿no dan acaso al padre el derecho indisputable de prohibir á su hija que se pierda? ¿Y qué sabe el gobernador de todo esto? Puede parecerle justo y hacedero el matrimonio; encontrará ridículos y vanos los inconvenientes ú obstáculos que se le opongan; tachará de estúpida la oposición paterna; pero, ¿qué sabe él de las causas secretas que pueden motivar la decisión del padre? ¿qué sabe si el carácter de la hija y la conducta de su pretendiente, presagian tristísimo porvenir á su consorcio? ¿Ha vivido acaso, con la sola idea de examinar el libro de aquella alma, hoja por hoja? ¿Ha sondeado aquél corazón de mujer, adivinando lo que nada más los perspicaces ojos de un padre han comprendido? Pues si no lo sabe, si no puede saberlo, ¿con qué derecho se mezcla en este asunto?

Yo no soy abogado, caballero, conozco poco la ciencia del Derecho, se me ocultan todos los grandes sistemas de jurisprudencia, pero á fe de hombre honrado, que por más vueltas que doy á la cuestión, no logro comprenderla.

¿Quién arma al padre contra el malvado que viene á separarle de su hija?

Yo no soy egoista: doy mi hija al que haya obtenido su cariño, siempre que traiga en cambio la moneda del amor y de la honra. Pero si la autoridad se conjura en contra mía, ¿qué hago, caballero? ¿Abro la puerta á la hija ingrata que quiere abandonarme, ó espero á que el gobernador venga á arrancármela?





Hasta aquí la carta. Diez días hace que la tengo en el cajón de mi bufete, sin poder acertar á contestarla. Porque, en efecto, cuando los lazos del amor se rompen, ¿qué otros sujetarán en el hogar á la hija que quiere abandonarlo? ¿Lo sabe alguno por ahí? Espero la respuesta.

## ARTÍCULO DE INVIERNO.

Qui Tisonne, grisonne.

Ustedes perdonarán que por ahora saiga mi artículo tan á la buena de Dios: ¡ya se ve! con un frío de no sé cuántos grados ¿qué entusiasmo no se hiela? Me he encerrado en mi pequeño gabinete como una ostra en su concha; bueno: cierro con cuidado todas las puertas y balcones, impidiendo que el crudo vientecillo que sopla allá en las calles penetre por las juntas; ¡excelente! me arropo en los pliegues de una amorosa bata de invierno, capaz de hacer morir de envidia al mismo Méry; tengo un habano entre los labios, á guisa de calefactor económico, hundo mis pies en las sabrosas pieles y con toda delicia me arrellano en los cojines de mi sillón de estudio; sin embargo, estoy hecho un carámbano, materialmente un carámbano; apenas me atrevo á adelantar la mano para coger la pluma, envidio á los que ya duermen bajo espesas colchas, y quisiera encontrarme en Cafrería..... —¿eh?..... ¿quién dijo que era alusión á la Cámara de diputados?—tengo frío, muchísimo frío; pero, ¿qué voy á hacer? es absolutamente indispensable que yo escriba: ¡ea! ¡manos á la obra! vengan papel, pluma y tintero, estoy dispuesto á emborronar cuartillas, mientras el cierzo silba por las calles y las vidrieras de mi ventana crujen y reclinan, como si algún coloso hincara en ellas la rodilla.

Lo van ustedes á dudar; pero en Dios y en mi ánima protesto que hablo muy de veras, formalmente; y después de todo ¿por qué no han de creer ustedes que yo vivo alegre..... ¡qué digo alegre! muy alegre, en el invierno? Veo como caen una por una las hojas, ya amarillas de los árboles; escucho un monótono chasquido al cruzar en mis paseos vespertinos alguna avenida silenciosa; azota mi rostro el soplo de Noviembre, como la hoja delgada y penetrante de un puñal de Toledo, y lejos de abrigarme en el fondo de un carruaje, lejos de renunciar á aquellas vespertinas correrías, digo para mis adentros: ¡ave invierno! ¡bendito tú que llegas con el azul profundo de tu cielo y la calma y silencio de tus noches; bendito